

ALBERTO PIRIS

Las repercusiones internacionales de la crisis

La sucesión de acontecimientos producidos a partir de los atentados terroristas contra EEUU del pasado 11 de septiembre, está introduciendo ya significativas modificaciones en la política exterior de algunos países y en la reestructuración de alianzas y objetivos en la comunidad internacional. De modo menos perceptible, pero también importante, se están produciendo serios deslizamientos conceptuales que pueden hacer más confusa la situación ante la opinión pública y dificultar los esfuerzos de los medios de comunicación, órganos de Gobierno e instituciones de estudio e investigación, para analizarla, definirla y afrontarla.

El primer concepto que sufre la imprecisión es la definición de los límites del terrorismo, aunque esto siempre ha sido difícil. Los luchadores por la libertad de hoy se pueden convertir en los terroristas del mañana, según el punto de vista adoptado en cada momento. Los guerrilleros de Afganistán, calificados como *freedom fighters* —luchadores por la libertad— desde la Casa Blanca cuando ponían en dificultades a las fuerzas de ocupación de la URSS, son ahora parte del enemigo principal a batir. Por otra parte, Rusia, denostada por su brutal represión del independentismo checheno en años anteriores, encuentra ahora apoyo internacional al considerar terroristas a quienes antes fueron tenidos por patriotas. Un poco más atrás en la historia, los terroristas que propiciaron la creación del Estado de Israel han sido después sus legítimos gobernantes. La inherente relatividad del término “terrorismo” o “terrorista” es el principal obstáculo para unificar criterios en lo que se intenta presentar al mundo como una lucha definitiva para erradicar tan peligrosa amenaza.

Análogo abuso terminológico se produce en lo relativo a la guerra y su diferenciación de otros conceptos conexos como lucha, combate o esfuerzo coordinado y continuado con una finalidad concreta. Lo que había de ser una “guerra contra el terrorismo internacional”, en palabras del presidente Bush, fue convirtiéndose en una simple “guerra contra Afganistán”, con todos los inconvenientes que tal cambio lleva consigo. El motivo de esto es que la primera es un concepto de imposible aplicación práctica, solo expresado públicamente desde la Casa Blanca

Alberto Piris es general retirado del ejército español y analista del Centro de Investigación para la Paz (CIP)

en términos retóricos y para satisfacer a una opinión pública irritada y vengativa. La segunda, por el contrario, es la guerra que EEUU sabe hacer, la que ha desarrollado antes en Panamá, Irak y Yugoslavia. La razón de esta deriva conceptual es que el terrorismo no puede ser vencido solo mediante la guerra, y es en otros terrenos, no exclusivamente militares, donde habrán de llevarse a cabo los esfuerzos necesarios para derrotarlo.

Las cambiantes estrategias de la política internacional

El escenario internacional se modifica a medida que los acontecimientos permiten a unos u otros países situarse en posiciones ventajosas para satisfacer sus propios intereses nacionales. La retórica sobre la lucha contra el terrorismo encubre el hecho de que el terrorismo que realmente preocupa a EEUU es el que le ha herido, es decir, el de raíces islamistas. Aunque para ello haya que aceptar en un mismo paquete otros terrorismos que desde allí se contemplan como lejanos y no tan peligrosos: el de ETA, el de los tamiles cingaleses o el que aqueja a Filipinas. Por mucho discurso que se difunda al respecto, no hay un solo terrorismo internacional sino muchos y muy diversos terrorismos. Sus causas son distintas, sus efectos también y, en consecuencia, no a todos se les contempla con la misma perspectiva.

China y Pakistán

Dos realineamientos del máximo interés se han producido en las pasadas semanas: los que afectan a las relaciones de EEUU con China y Pakistán. Los lazos hoy establecidos entre Washington y Pekín hubieran parecido imposibles hace poco más de un año, cuando se llegó a hablar de la inevitabilidad de un conflicto militar entre ambos países. Todavía, en abril de 2001, el incidente del caza chino derribado y el avión espía estadounidense apresado por China hizo resonar los tambores de guerra. Pero desde el 11 de septiembre se empieza a ver más clara la estrategia del presidente Zemin, empeñado en convertir a su país en una gran potencia durante el siglo XXI. Con algunos altibajos, esa estrategia se empezó a fraguar en la visita que realizó a EEUU hace cuatro años, consciente como es de que el estrechamiento de relaciones con EEUU es el mejor camino para lograr sus propósitos, y que una postura de enfrentamiento sistemático acarrearía más inconvenientes que ventajas.

Por otra parte, al incluir en la lista de proscritos internacionales los focos terroristas que China debe combatir en su provincia de Xinjiang, se le facilita la brutal extinción de todo conato independentista. Análoga fórmula le permite seguir ignorando el conflicto del Tíbet, dado que EEUU, para lograr el apoyo chino en su actual estrategia asiática, no parece muy interesado en defender ahora los derechos humanos del reprimido pueblo tibetano. En este juego, Taiwan va a perder todo lo que gane China, y Pekín ve así más cercana la reunificación de la China insular, su objetivo máximo en política interior.

En cuanto a Pakistán, es más que notable el giro de 180 grados en la política estadounidense, seguido fielmente por todos los países aliados. De ser un régimen dictatorial, proscrito y castigado por las potencias occidentales, y un declarado

peligro internacional por su posesión de armas nucleares, ha pasado a ser el aliado favorito e indispensable de Washington, que ve en este país la plataforma estratégica adecuada para alcanzar el éxito militar en su lucha contra el Gobierno de Kabul. Sin embargo, el actual Gobierno del general Musharraf está instalado sobre un país que sufre graves fisuras económicas, sociales e incluso étnicas y religiosas. Además, su contencioso irresuelto con India, respecto a Cachemira, puede convertirse en una bomba de acción retardada de muy imprevisibles consecuencias. Por el momento, el dictador paquistaní ha conseguido un largo respiro, una ayuda sustancial estadounidense en todos los órdenes —especialmente económico y diplomático— y una tregua en su inestable situación.

El conflicto de Cachemira

Aunque sólo sea por su estrecha vinculación geopolítica, el conflicto que aqueja a Afganistán, e implica directamente a Pakistán, no podrá dejar de tener efectos en Cachemira, uno de los más disputados territorios en todo el mundo. Se trata de un conflicto cuya peligrosidad se puso de manifiesto en 1998, cuando India y Pakistán hicieron sus primeros ensayos nucleares. Estos dos países han combatido entre sí en tres ocasiones, desde que en 1947 se separaron del dominio colonial británico. Dos de esas guerras fueron causadas por el conflicto de Cachemira, y una tercera estuvo a punto de estallar en 1999 cuando tropas paquistaníes se infiltraron en territorio controlado por la India.

Como en otros conflictos regionales, EEUU y las grandes potencias parecen incapaces de entrar en su compleja casuística, envuelta en recriminaciones recíprocas, estallidos esporádicos de violencia e interpretaciones sutiles y retorcidas de textos y tratados internacionales, de difícil comprensión para muchos de los Gobiernos extranjeros. La última reunión entre los dos máximos mandatarios no produjo resultado alguno y el conflicto sigue sin resolverse. Tanto la India como Pakistán se esforzarán por inclinar de su lado el resultado, sea cual fuere, de los ataques estadounidenses contra Afganistán. Sin embargo, parten desde muy distintas líneas de salida, dado que el Gobierno de Pakistán se encuentra gravemente hostigado por importantes sectores de su propio pueblo, que se solidarizan con los sufrimientos del pueblo afgano, lo que les da motivo para revolverse contra el apoyo que su Ejecutivo presta a EEUU mientras que en India el apoyo oficial a las represalias estadounidenses no produce análogas dificultades. Ambos países se observan de reojo y, por encima de la retórica de guerra universal contra el terrorismo, esperan el momento oportuno para resolver a su favor cualquier coyuntura internacional y obtener una solución favorable —si fuese esto posible—, de una vez por todas, en el conflicto de Cachemira.

Rusia y EEUU

La influencia de Moscú sobre las Repúblicas centroasiáticas fronterizas con Afganistán se ha utilizado en sentido favorable para Washington, a fin de facilitar las operaciones militares en apoyo de la Alianza del Norte, opositora al régimen talibán de Kabul. El presidente ruso ha sabido negociarla para quitarse de encima, al menos temporal y teóricamente, la culpabilidad por su brutal represión del

*Tanto la India
como Pakistán
se esforzarán
por inclinar de
su lado el
resultado, sea
cual fuere,
de los ataques
estadounidenses
contra
Afganistán*

independentismo checheno, que ha pasado a ser considerado terrorismo, para mayor tranquilidad del Gobierno de Moscú. Etiquetado el movimiento checheno como parte del terrorismo internacional, la tosca y sangrienta intervención rusa para aplastarlo proseguirá mientras dure la resistencia militar de este pueblo caucásico.

Es también perceptible un ablandamiento en la oposición rusa a la práctica abrogación del Tratado ABM¹ propugnada por EEUU al adoptar el escudo antimisiles que tanto desea Bush. En relación con algún acuerdo que reduzca el arsenal nuclear de ambas potencias, es probable que esta crisis ponga a Rusia en una órbita más próxima a EEUU, desde la que Moscú pueda frenar en cierta medida la expansión al Este de la Alianza Atlántica. Adoptando el principio de que lo que preocupa a los rivales puede ser utilizado en provecho propio, Moscú contempla la crisis actual desde una posición lejana, pero listo para aprovechar al máximo cualquier oportunidad que se le presente.

EEUU y la ONU

La inmediata promesa del presidente Bush de ponerse al día en sus atrasos en los pagos a Naciones Unidas, pocas horas después de sufrir los ataques terroristas, no ocultó la intención estadounidense de servirse, una vez más, de la organización internacional para lo que pudiera serle de utilidad en la actual crisis. Es probable que la principal tarea que encargue Washington a la ONU se inicie cuando, logrados o no los objetivos del ataque actual contra Afganistán, la retirada de este país de las fuerzas aliadas obligue a pensar en la reconstrucción posbélica de lo arrasado tras largos años de guerras: guerra primero contra la URSS; luego, la guerra civil entre las facciones enfrentadas por el poder y, por último, los ataques de EEUU superpuestos sobre la guerra entre la Alianza del Norte y el régimen talibán de Kabul.

La cambiante estrategia seguida por EEUU también ha de producir modificaciones en su política exterior. De una guerra contra el terrorismo se pasó, en un primer avance, a una guerra contra un terrorista único: Osama Bin Laden. De ahí, por extensión, a luchar contra la organización *Al-Qaeda*. Y, por último, a combatir directamente al régimen talibán gobernante en Kabul. Además, por necesidades técnicas de las operaciones emprendidas, de una guerra que se anunciaba solo contra los elementos opresores propios del régimen talibán, se pasó a una guerra cuyos efectos sufre, de hecho, el pueblo afgano en general. Éste comenzó un penoso éxodo en cuanto resonaron en Washington las primeras amenazas bélicas —pocas horas después del atentado del 11 de septiembre— y se multiplicó hasta extremos muy graves en cuanto las bombas estadounidenses empezaron a llover sobre el país. Los absurdos esfuerzos por mostrar que no es una guerra contra los afganos ni contra los musulmanes en general, han fracasado rotundamente. La lluvia indistinta de bombas y de paquetes alimenticios señaló el cenit de la ignorancia cultural estadounidense en lo que respecta a Afganistán. El posterior lanzamiento

¹ Tratado de desarme nuclear rubricado por EEUU y la Unión Soviética en 1972.

de octavillas intentando explicar lo que los hechos negaban, no ha contribuido en nada a mejorar la deteriorada imagen de EEUU ante los afganos y ante las masas de otros países musulmanes.

Por todo lo anterior, los esfuerzos diplomáticos realizados por EEUU en los países de la zona, a fin de allegar apoyos políticos y morales a su causa, parecen destinados al fracaso, lo que preocupa seriamente a Washington y podrá conducir a nuevas situaciones de impredecible resultado.

Europa y EEUU

La oficiosidad del primer ministro británico, Tony Blair, tachado por algunos medios de comunicación como el “portavoz oficial de la Casa Blanca” a causa de su actividad diplomática en apoyo de EEUU, no ha dejado de producir efectos negativos en la cohesión europea. En sus funciones como intermediario entre Europa y EEUU, tendió inicialmente a privilegiar al núcleo duro europeo: París y Berlín. Esto produjo malestar y propició una protesta formal del presidente italiano, Silvio Berlusconi, que fue atendida por Blair ampliando el círculo “bien informado” a algunos países de segundo orden: los del Benelux, España e Italia. Los Gobiernos que se sintieron relegados —entre ellos Portugal, ante el cómplice silencio de España— hicieron público su descontento. Podría sospecharse que el Gobierno del Reino Unido, a pesar de su aparente buena voluntad hacia Europa, ha aprovechado la crisis para crear una división gratuita en el seno de los países de la Unión, motivado solamente por su voluntad de poner de manifiesto la *special relationship* que vincula a Londres y Washington y aprovecharla en todo lo posible.

Tendencias generales

Con independencia de las reorientaciones políticas de los países, después del 11 de septiembre son detectables unas tendencias generales que podrán modular las relaciones internacionales en distinta medida. De entre éstas, cabe destacar:

- Una mayor preocupación por la seguridad interior en los países desarrollados.
- El incremento de los recursos y privilegios de los servicios de espionaje e información.
- Los posibles recortes en las libertades públicas para favorecer la acción preventiva de los órganos de seguridad.
- Mayores dificultades para el movimiento de inmigrantes, sobre todo los vinculados a países islámicos.

Todavía es pronto para establecer conclusiones sobre cómo influirán estas tendencias en la actitud tomada por los países que tienen más intervención en el actual conflicto, pero es necesario tenerlas en cuenta. Contra lo que se ha afirmado, más con intenciones retóricas y con vistas a contentar a las opiniones públicas, de que el 11 de septiembre ha comenzado una nueva era para la humanidad, la

Podría sospecharse que el Reino Unido ha aprovechado la crisis para crear una división gratuita en el seno de los países de la Unión

realidad muestra que no es así. Los atentados contra EEUU desencadenados ese día por una organización terrorista de raíces todavía no bien definidas, tuvieron como primer y principal efecto el producir una grave e inédita sensación de inseguridad en EEUU, lo que forzó a sus gobernantes a organizar una represalia militar.

La espectacularidad de la acción, los objetivos elegidos y las repercusiones instantáneas en todo el mundo, contribuyeron a darle un relieve informativo y mediático que hizo olvidar su verdadera naturaleza: un ataque terrorista de magnitud hasta entonces insospechada. Todo lo demás que se ha querido atribuir a esta acción no tiene fundamento: declaración de guerra contra la democracia, contra EEUU, contra Occidente; comienzo de una nueva era en las relaciones internacionales; revolución en los modos de hacer la guerra, etc. Si las ciudades atacadas no hubieran sido Washington y Nueva York, nada de esta retórica hubiera visto la luz. Conviene tener esto presente, siempre que se quiera valorar con equidad la actual crisis internacional.